

La buena madre ignoraba si debía criticar ó aplaudir la salida de John. Pronto acordándose del consejo de Julia de reconciliarse con él, aprovechó la ocasión para demostrar que había olvidado las pasadas diferencias; abriendo su *portamonedas*, sacó una buena suma de oro, y la puso en la mano de John, diciendo:—No quiero que estés sin dinero...; aunque me lo hubieras podido decir antes, si tenías este gran deseo.—

John aceptó voluntariamente, pero se leía en su faz algo misterioso.

XXXVI.

A LA CAZA.

El hecho fué que apenas la familia Needle se hubo acomodado en la casa de campo á la mitad de la cuesta de Fiésole, John pareció un cazador asiduo é infatigable. Al amanecer desaparecía, calzado como los correos, con la chupa de terciopelo encima, y al hombro la escopeta. Volvía poco antes del almuerzo, con algún pajarito en el zurrón, sin tener aventura que contar. Proponía, por el contrario, una multitud de cuestiones, y batallaba tremendamente con Julia sobre puntos religiosos; si algunas veces no salía, por llover á ma-

res, encerrábase pronto en su cuarto, embrollándose á solas, hojeando libros de la joven, ó escribiendo papeles y más papeles. En vano invitábanle para que tomase parte con la familia en las diversiones de los paseos ó de las expediciones deleitosas. Sólo dos gustos le ocupan: ir á cazar, ó sepultarse vivo en el escritorio.

La propia vista, tan admirable, de Florencia, no le cautivaba. Y sin embargo, contemplada desde las alturas de Fiésole, forma uno de los espectáculos más poéticos que pueden contemplarse. Las mujeres, y sobre todo Julia, no se hartaban de admirar la majestuosa curva de la cúpula de Brunelleschi y la torre altiva de Arnolfo, al rededor de cuyos monumentos se juntan las muchas maravillas del arte, de que se compone la ciudad reina de Toscana. Desde la masa de los edificios tendían la vista, con placer siempre nuevo, por las amenas colinas que ciñen la cuna de Florencia, verdeantes por los olivos aun en invierno, y deliciosas por su cultivación variada; seguían lejos con su mirada el valle del Arno, que dilátase debajo de la ciudad, á fin de acoger un inmenso jardín, brillante por su naturaleza rica, y resplandeciente por sus villas y castillos.

Florencia tiene, además, sobre las restantes ciudades, la circunstancia de que así como éstas yacen escondidas bajo el fúnebre velo de la noche, osténtase no menos poética entonces que en medio del día. Quien la contemple desde las colinas al anochecer, la ve poco á poco iluminarse con su vago dibujo y recobrar su gloria; cree descubrir casi dos cielos, uno colocado en las alturas, extendido el otro á sus pies, y estrellados ambos no se sabe cuál más graciosamente. Las manzanas de las casas comparcen llenas de luces infinitas, que corren á manera de inmensos rayos en las calles rectas, ó haciendo curvas y serpenteando, en las travesías, paseos y sinuosidades de las alturas más allá del Arno. En unas partes las luces entrelázanse con gracia, en otras se reúnen formando ricas constelaciones, y en otras se extienden, constituyendo nuevas vías lácteas, ó se esparcen con hermoso desorden, ó parecen cubrirse con incierto claror, á guisa de nebulosas; en suma, Florencia viene á ser como un espejo del pabellón celeste que de astros la cubre. Alrededor los fulgores se dilatan gradualmente, como el cielo que en los límites del horizonte se oscurece por la niebla, haciendo resaltar más no-

blemente, por el contraste, su centro estrellado.

Pues bien. Apenas se dignaba John fijar su mirada distraída en tales espectáculos encantadores, y se volvía pronto á meter en su estudio, infiriendo la joven, en conclusión, que algún nuevo plan combinaba. No había nunca concluido de creer que John pasase las horas de su ausencia batallando con los mirlos y con los gorriónes. Con fundamento lo creía. El altivo joven, lastimado por ver que artificiosamente le privaban de la conversación de sir Roberto Smith, había opuesto el engaño de la caza de los pájaros á la estratagemma de su madre. Saliendo á buena hora de la quinta, dirigíase derechamente á la ciudad y á la casa del viejo, invirtiendo todo el día en debatir con él sobre materias religiosas. Por lo que hace á Smith, condenado á no moverse de su habitación por la herida, no curada del todo, experimentaba un placer singular en discutir con un joven de ingenio perspicaz, que no se cuidaba de las diversiones, y que sólo quería vivamente aclarar sus ideas. John le pagaba sus solicitudes pendiendo de sus labios con incomparable confianza, por admirar en el viejo una vida proba,

y sobre todo, un carácter entero, firme, hostil á todo lo que se propusiese combatir la libertad del pensamiento.

John entraba en su habitación con seguridad de amigo y actitud de alumno. Sin preámbulos promovía la cuestión que lo preocupaba, reanudando el debate del día precedente. A veces sacaba sus papeles y leía sus observaciones en ellos consignadas, para inquirir el parecer del anciano. Esto hizo precisamente sobre la cuestión de las buenas obras, que con tanta calor había debatido en los días anteriores.—Querría, dijo, que con el conocimiento que teneis de las iglesias protestantes, me de lineárais la doctrina verdadera que oponemos á la católica; pero ahora, si no estoy en un error, héme formado por mí mismo una idea exacta.

—No es poco, respondió Smith; porque corren entre los nuestros conceptos tan distintos y enmarañados, que se parecen á una madeja imposible de devanar.

—Temo padecer un error; he hallado la opinión papista, tal como me la explicásteis, desarrollada por Belarmino. Sólo que vos me la dísteis en pocas palabras, y allí se apoya en multitud de textos bíblicos: lo que más me asombra es haberla

encontrado idéntica, y muy viva, en los labios de miss Julia.

—No hay que maravillarse, amigo caro, contestó Smith; en esto los católicos nos vencen á cien leguas. Constituyen un pueblo *unius labii*, y se repiten el uno al otro; si bien tienen la biblia lo mismo que nosotros, no tienen para su interpretación las cien *confesiones* de nuestras iglesias; ni el espíritu privado.

—Esta es, repuso el jóven, la observación que á los ojos me saltaba también al inquirir los dictámenes de los *reformados* sobre la necesidad de vivir bien. ¡Gran Dios! Cuanto más intentaba encontrar en ellos algo común ó semejante, menos lo conseguía.

—¿Qué libros habeis consultado?

—El de Belarmino, como me aconsejasteis; después, para las variaciones más modernas, la *Simbólica* de Moheler, que me proporcionó miss Julia.

—Miss Julia, contestó Smith, os ha sugerido una obra excelente; porque Moheler, aunque papista por demás, tiene de bueno que no atribuye á las iglesias protestantes ninguna doctrina sin alegar pronto los documentos, citados á la letra, de las obras de nuestros jefes reformadores, ó de las

auténticas profesiones de fe usadas en nuestras iglesias.

—Esto es, repuso John, lo que me desalienta. No puedo decir: aquí Moehler exagera, aquí lo entiende mal, aquí calumnia, y aquí se muestra defensor exagerado de su religión, no: procede como un gigante impasible, sin dejar que salga una interjección de ira, y oprime con textos, de los cuales resulta evidente la enseñanza de las distintas comuniones protestantes.

—Bien: ¿y qué habeis inferido? preguntó Smith.

—Que nuestras doctrinas, por lo que hace al fundamento de toda moralidad, son un caos de contradicciones. Proponíame relacionar el concepto de la predestinación por parte de Dios con la acción de nuestro libre albedrío y del socorro celestial para conseguir la salvación, así como la esencia de la vida justa y cristiana.

—Habeis escogido muy bien los puntos..

—¡Para desengañarme! He debido tocar con la mano que nuestros sumos reformadores, lo mismo que sus iglesias, entiéndese mutuamente como gatos y perros. Figuraos que se ponen delante Calvino y Beza, con sus iglesias helvética, francesa, ho-

landesa, y con gran parte de los *metodistas* modernos de Inglaterra y de América, todos los cuales me representan la predestinación en forma tan horribilísima, que los pelos se me ponen de punta. "Dios, dicen, según se le antoja, crea al hombre sobre la tierra con el fin de convertirlo en una joya para el cielo, ó bien con el de preparar un tizón para el infierno: y, no hay medio, cada uno, por más esfuerzos que haga, llegará finalmente al sitio predestinado."

—Este es un dogma de origen inglés, dijo Smith, es de nuestro Wicleff.

—Sea de quien sea, es atroz y evidentemente absurdo. ¿Cómo un Sér infinitamente bueno puede producir nunca de propósito una criatura sensible y racional, con el fin de oprimirla bajo la prensa de un odio eterno, enclavarla con una maldición irrevocable, y atormentarla con un fuego inextinguible? Si así fuese, Dios resultaría cien veces peor que el diablo. Hacen, por tanto, bien los Anabaptistas y los *Memnonistas* (I), con sus sectas de *Ernütters*

(I) Los sectarios de Simón Memno, apóstata de Frisia, que quiso reunir en Holanda las diferentes sectas de los Anabaptistas, como lo intentaron Gabriel y Hutter en la Moravia.

[Nota del autor.]

y *Hermanos de Moravia*, que reniegan de tan feroz dogma, y despláceme que nuestra confesión anglicana quédase allí en medio, sin saber qué partido tomar, y nos planta un artículo, el XVII, para decir que no precisa pensar en la predestinación.

—¡Qué quereis! dijo Smith; no deseaba ofender á los calvinistas ni á los luteranos.

—Pues yo digo que necesario era decir la verdad. Lutero inclinase visiblemente al mismo lado que Calvino, aunque hay de bueno que los suyos reniegan de su doctrina. Sus discípulos Flaccio y Hesusio combatieron abiertamente la infernal teoría; Zuinglio se declaró adversario de Lutero en este punto y en otros muchos; después, las *confesiones* luteranas, cual más, cual menos, rechazaron la predestinación absoluta enseñada por su maestro. Mas he aquí, concluyo diciendo yo, á una mitad de las iglesias protestantes armada contra la otra, en un punto muy capital, y que interrogando yo á todo el protestantismo, no puedo saber si Dios es un amoroso Padre, ó un tirano feroz.

—Masálo menos, repuso Smith casi bromeándose, los habreis hallado conformes respecto del libre albedrío.

—De ningún modo. Peor todavía. Los reformadores más renombrados se apalean en este particular con una licencia que pasa los límites de lo creíble. Cuando estudiaba en Cambridge creía que todas las discusiones eran entre los anglicanos puros y los devotos puseistas, pero que al fin todos aceptaban los treinta y nueve artículos; ahora que voy ensanchando el horizonte, descubro que todo vacila. Lutero y su amigo Melancton niegan de un modo terminante la existencia de la libre voluntad; hablan expresamente del arbitrio *esclavo*; dicen á las claras que por necesidad obran el bien los que disfrutan del auxilio de lo alto, y que sin él obran el mal por precisión, así como que Dios es autor del pecado, no sólo permitiendo que haga diabluras el libre albedrío, sino causando efectivamente la traición de Judas ó el adulterio de David, como produjo efectivamente la conversión de San Pablo. Es verdad que algún discípulo rechazó esta blasfemia (á lo menos, me lo parece), acercándose á la profesión católica; mas entre tanto, Calvino, Zuinglio y Beza persisten en el desatino. En su sentir, el hombre es un autómeta, del cual Dios se sirve para producir obras buenas ó pecados, según lo ha

creado para salvarle ó hacerle ir al infierno. Después, como por burla, excusan á Dios por esta maldad, diciendo que cuando compele á uno al pecado, El, con todo, no peca, por no estar sometido á ley alguna, y que necesita leña para el infierno, si debe hacer brillar el atributo de su justicia. Ahora bien. A Satanás, ¿qué le queda, si Dios le usurpa su cometido, empujando á los hombres al mal? ¡Y pensar que aun dan semejantes locuras impías como verdades de fe!

—Nosotros los anglicanos, observó Smith, no caímos en esa red; hemos conservado el libre albedrío, la posibilidad de las buenas obras y la obligación de hacer penitencia.

—Mejor, respondió John; mas no trato yo de esto: trato de las opiniones vigentes en las iglesias, y descubro que las reformas tudésca, suiza, francesa y holandesa van contra nosotros, negando todas, más ó menos, el libre albedrío. Ahora bien. Paréceme que, negada la libertad, podían ahorrarse la pena de dogmatizar sobre la justificación y sobre las obras: es lo mismo que hablar á los mancos y á los paralíticos, de la esgrima.

—Decís muy bien; mas, por la bondad

de Dios, los reformadores no fueron siempre lógicos, y con frecuencia, después de cortar el tronco de un árbol se ponen á discurrir sobre las ramas; como si éstas continuasen viviendo. Acaso aquí son menos incoherentes de lo que parece á primera vista.

—¡Dios lo quisiese! En cuanto á mí, no he conseguido hallar una idea clara sobre la fe justificante, que, sin embargo, casi todas las iglesias no católicas, inclusa la nuestra, reconocen como medio único de que consigan la salvación los predestinados para ella. ¿Quién puede saber qué cosa es, ni en qué consiste, ni cómo se ejercita? A juicio de algunos, es el acto sencillo de aceptar la revelación cristiana; otros la consideran un instrumento indefinido, con el cual se conoce Cristo; Lutero unas veces habla de ella como de cosa que ninguna relación tiene con las buenas obras, y otras la transforma en un medio seguro para éstas; Melancton la define una confianza absoluta en la divina misericordia; Calvino la bautiza con el nombre de confianza en Cristo, que á la penitencia es la que produce la fe: á nosotros, anglicanos, nos dice nuestra iglesia que la sola

fe justifica, y nada más. ¿Qué cosa es tal fe? preguntamos. Vete á saberlo.

—Y la razón es obvia para nuestra iglesia, dijo Smith. Cuando se redactaron los treinta y nueve artículos, el país estaba lleno de luteranos, de calvinistas y de innumerables neófitos de varias reformas, procurándose por ello mantener el dogma muy alto, para no descontentar á nadie. Mas no se puede mantener la acusación de incoherencia que fulminais contra los jefes reformadores; porque no dicen que, quitando el libre albedrío, el hombre puede aun creer voluntariamente y llegar á justificarse, no; luteranos y calvinistas (con todas las iglesias adherentes) confiesan que el creer y el justificarse son cosas completamente de Dios solo, en las cuales no tiene parte alguna el hombre. El que Dios justifique será justo, é impío *in sæcula sæculorum* el que Dios rechace. Especialmente Lutero, á decir llegaba que, respecto de aceptar la fe y de convertirse en amigo de Dios, el hombre es “una estatua de sal, como la mujer de Lot,” un *tronco*, una *pedra*, y que le trasporta el Señor al estado de la gracia desde la culpa. Ni podía ser de otra manera, supuesto el dogma fundamental de las iglesias *reforma-*

das, según el que Dios produce á unos hombres para salvarlos, y á otros para condenarlos.

—Pues bien, replicó John; aunque sean tan lógicos como quereis en esta lógica cruel, preguntaré yo: ¿A qué fin entonces predicar el Evangelio? ¿A qué fin exhortar á la conversión? Comprendo que hablen de ella los teólogos papistas, que admiten la libre acción de la humana voluntad al valerse del auxilio de Dios y al observar los mandamientos; ¿mas cómo nosotros, los protestantes, podemos invitar al prójimo á convertirse? ¿A qué fin esparcir biblias y tratados para alimentar al pueblo con la fe? Calvino dice de un modo terminante que Dios cierra herméticamente á ciertos hombres el camino del cielo, y que produce en el interin en su corazón una apariencia de fe, á fin de hacerlos más inexcusables. Las iglesias luteranas y las reformadas nos cuentan que Dios mueve á los hombres con su prepotente voluntad, como el saltimbanquis mueve á los muñecos con sus hilos, subiéndonos después al cielo ó arrojándonos en el infierno, según nos hizo representar un personaje bueno ó ruin: esto admitido, aseguro yo que predicar la

conversión á los hombres es como decir á las máquinas de Manchester que hilen bien.

—Creedme, joven; si quereis sosiego, dad al olvido todas las *profesiones* de las iglesias protestantes, ateniéndoos á la biblia. A lo menos no os alejeis en este particular de nuestra *profesión* anglicana, que templa en sus artículos xvi y xvii no poco las opiniones suiza y tudesca; ó bien quedaos con la confesión escocesa, que no se distingue mucho de la papista.

—Mas no salimos del propio lugar: nuestras iglesias de este y del otro lado del Estrecho, se ponen de acuerdo como los que levantaron la torre de Babel. He tenido el gusto también de analizar la intrínseca naturaleza de la justicia, para saber en qué consiste, según nuestros reformadores, la justicia, la santidad y la celeste amistad: aun aquí la opinión papista me parece mejor que la nuestra, ó, por mejor decir, que las nuestras. Según los católicos, el hombre, una vez conseguida la justificación, queda interiormente renovado y convertido en mejor; cesa, en suma, de ser pecador, convirtiéndose realmente en santo y en amigo de la divinidad: es una opinión que consuela, y que consuela tanto más, cuanto se funda en la